

Mirar con ojos de sapo.
Transculturación narrativa en Gustavo Roldán
Lucía González (UNLP)

En la “carta a los chicos” de *Sapo en Buenos Aires*, Gustavo Roldán nos dice que las historias que están en ese libro serán contadas por un sapo que vio con ojos de sapo y que dice con boca de sapo. En “El árbol más alto”, del libro *El monte era una fiesta*, el tatú busca un árbol para mirar lejos, simplemente eso, mirar hasta donde se alcance. Tener boca de animal y no poder volar no parecen ser barreras, sino puntos de partida en donde es difícil ver la llegada. Gustavo Roldán tiene también su punto de partida: el monte chaqueño. Desde aquí es desde donde me interesa analizar algunos de sus textos. Analizar algunos relatos situados en el monte chaqueño, en donde ese espacio, ese “medio ambiente” no es sólo una referencia geográfica situada fuera del texto, sino un espacio que se reinventa con cada historia y con la voz de cada personaje. Para hablar de espacios me parece que es sumamente interesante citar a Barthes, quien hace referencia a aquellos signos lingüísticos que denominan a ciertos lugares:

“Existe una clase de unidades verbales que posee, al más alto grado, un poder constitutivo: es la clase de los nombres propios. El nombre propio dispone de tres propiedades que el narrador atribuye a la reminiscencia: el poder de esencialización (puesto que no designa más que un solo referente), el poder de citación (puesto que se puede convocar a discreción toda la esencia encerrada en el nombre, profiriéndolo), el poder de exploración (puesto que se “desdobla” un nombre propio exactamente como se hace con un

recuerdo): el Nombre Propio es de esta manera la forma lingüística de esta reminiscencia. (...) El Nombre Propio es también un signo y no solamente un índice que designaría sin significar, como lo quiere la concepción corriente, Peirce a Russell. Como signo, el nombre propio se presta a una exploración, a un desciframiento: es a la vez un “medio ambiente” (en el sentido biológico del término), en el cual es necesario sumergirse bañándose indefinidamente en todos los ensueños que comporta, y un objeto precioso, comprimido, embalsamado, que es necesario abrir como una flor.”⁴²

A veces nos encontramos con el nombre propio dicho sin más: Fortín Lavalle; otras se menciona sólo “el monte”, sin embargo creo que este espacio, en Roldán tiene la fuerza de un Nombre Propio con la impronta y características que le adjudica Barthes. Es un monte que se va diagramando con sus propias leyes y lógicas, en el cual, como lectores debemos sumergirnos en todo lo que nos ofrece y, al mismo tiempo, está comprimido y repleto de significaciones en sí mismo, a las cuales debemos ir acercándonos poco a poco. Es que este espacio no se delinea en un solo relato o en un solo libro, ni siquiera en aquellos en los que se le da un nombre preciso. Por el contrario, esto no es suficiente, porque lo que hace Roldán no es representar un paisaje sino significarlo. Y esto se percibe en la gran parte de su obra que está situada en esta geografía, el monte se va abriendo poco a poco, vamos descubriendo a sus personajes y para ellos es necesario poner a dialogar más de un relato del autor: el sapo es aquel que viaja y que cuenta historias, una especie de guía para el resto de los animales, el bicho colorado es aquel que está repleto de preguntas y busca incansablemente las respuestas, la vizcacha y la lechuza parecen ser las más viejas, las que creen poseer toda la sabiduría y las que les temen a los cambios. Como dicen Foffani y Mancini: “El paisaje no es el marco que

encuadra la historia o a los personajes; el paisaje es la historia misma, porque así como el personaje engendra el paisaje, en un movimiento de endogénesis, también los personajes y sus historias sólo pueden ser concebidos en ese paisaje.”⁴³

En algunas “palabras de autor” y “cartas al lector”, Roldán comenta que el monte chaqueño es el espacio de su primera infancia, en donde andaba descalzo y escuchaba las historias de los animales. Es decir, escribe desde el recuerdo. No es un lugar que esté borroso y que con su escritura simplemente rellene vacíos, pero sigue siendo un espacio de otro tiempo, por más que lo siga frecuentando. Ya que luego le ha llegado el momento de ponerle calzado a sus pies, de ir a la escuela y de ver el mundo de otro modo. Es un espacio real pero es también el espacio de una primera infancia, de un primer contacto con las cosas y es hacia ahí a donde vuelve con su escritura. Precisamente en *El viaje más largo del mundo*, los animales del monte deben hacer un largo recorrido por tierra, por aire, por río, volando, caminado, corriendo, para llegar a lo que ellos llaman como *ese lugar*. Al final del recorrido resulta que *ese* es *este lugar* para el narrador. Me permito pensar que lo mismo le ha sucedido a Gustavo Roldán: los animales del monte se han instalado al lado suyo a la hora de escribir, junto a sus herramientas de trabajo. *Este* lugar es para el chaqueño la escritura misma, el ámbito de la palabra, entonces, como dice Foffani y Mancini, “no es una escritura de la geografía sino una geografía de la escritura”⁴⁴ No es un espacio dado, sino por el contrario construido. Es un Fortín Lavalle que se va constituyendo en centro del mundo, en el centro de la literatura de Gustavo Roldán. No se trata de un determinismo geográfico, de un no poder salir al mundo, sino todo lo contrario: es construir un espacio nuevo desde la reminiscencia de un lugar bien preciso en el mapa y desde ahí concebir al mundo y sus distintas realidades posibles.

Como lectores se nos abre un abanico de elementos

reinventados, resignificados, explotados en su máxima expresión: el cuento popular, el animismo en los animales, temas universales como el amor, la violencia, la envidia, la duda; un diálogo entre la literatura para adultos y la considerada específicamente para chicos. Es decir, con la conjugación de todas estas cuestiones se dibuja un paisaje que más que anclarnos nos permite una nueva visión del universo que nos rodea.

Este punto de partida nos permite, de ahora en más, analizar algunos textos del escritor chaqueño bajo el concepto propuesto por el crítico Uruguayo Ángel Rama para analizar la literatura latinoamericana. Se trata del término *transculturación*, inicialmente utilizado por Fernando Ortiz para dar cuenta de la realidad de la cultura de este continente desde la época de la colonización, oponiéndose terminantemente a la palabra *aculturación* utilizada por los anglosajones. Esta última postura considera a las culturas latinoamericanas como meramente pasivas ante el efecto de las europeas. Por el contrario, Ortiz piensa en un proceso de interrelación, en donde los elementos latinoamericanos no han sido meramente absorbidos y aplacados sino que sobrevivieron transformándose en algo nuevo, producto de la interacción entre lo originario y lo propio de las culturas extranjeras. Es decir, lo que Ortiz ve, y es sumamente novedoso en esto, es la posibilidad de una respuesta creadora. Ahora bien Ángel Rama, en la primera parte de su libro *Transculturación narrativa en América Latina*, aplica el concepto acuñado por el escritor cubano para analizar la literatura de nuestro continente. En ella hace un recorrido por las distintas posturas narrativas desde el fin de la colonia hasta el siglo XX pasando por el regionalismo y el vanguardismo, analizando las distintas formas en que diversos autores han utilizado elementos regionales pero sin por eso alejarse del impulso modernizador y de las literaturas extranjeras.

En los últimos treinta años, la crítica literaria ha ido

profundizando el estudio del proceso de *transculturación narrativa* de la literatura latinoamericana, que da cuenta de la negociación entre lo regional/nacional y lo urbano/universal. Allí se observa cómo cierta posición del regionalismo, que Ángel Rama caracteriza como *plasticidad cultural*, incorpora elementos novedosos a los propios y genera una respuesta inventiva. Así, la escritura de algunos autores supera la dicotomía trazada y, sin renunciar por ello a *lo regional* (paisajes, personajes, lenguajes) producen una obra integradora de los polos regionalismo/modernización.

Es interesante pensar a Gustavo desde este lugar por varios motivos. En primera instancia implica considerar a este autor en el marco de la historia y del desarrollo de la literatura latinoamericana y no sólo argentina, así es posible leer sus textos y reflexionar sobre su proyecto creador en relación con muchos otros autores. Esto mismo implica otro salto (si se me permite denominarlo de esta forma) que sería pensarlo más allá de la categoría de literatura infantil, muchas veces imprecisa y poco abarcadora. Es decir, más allá de a quiénes se puede pensar que el texto está destinado, lo que importa es que se está hablando sobre una literatura que no se cierra sobre sí misma, sino que dialoga con obras y autores más allá de las fronteras geográficas o etarias.

Analizaré a continuación algunas obras de Roldán en las que se puede ver perfectamente cómo evita el encasillamiento en el regionalismo, cómo construye el monte y lo resignifica para crear un espacio en donde puedan conjugarse lo popular y lo urbano, lo regional y lo universal. En primer lugar, parto de la siguiente cita de Saer, que resulta más que interesante: “Escribir sobre algo es intimar con ello precisando no únicamente los aspectos intelectuales sino también los emocionales”⁴⁵ Estas palabras resultan más que sugerentes a la hora de abordar la obra del autor chaqueño ya que si algo imponen sus textos es una intimación con el monte: sus olores, sus sonidos, su

iluminación. Pero, al mismo tiempo, Roldán escribe sobre una forma de ver el mundo con la cual también nos hace intimar hasta incluso llevarnos, como lectores, a ver así. Vemos con ojos de sapo, de pulga, de bicho colorado, vemos, incluso, con ojos de niño. Y esto se puede interpretar en dos sentidos: en primer lugar, porque Roldán escribe mirando hacia un recuerdo, que no es sólo el monte, sino el niño que fue y esa manera de vivir Fortín Lavalle, y, en segundo lugar, porque los animales que he mencionado y que son los protagonistas de la mayoría de sus relatos, son pequeños en tamaño y se enfrentan a grandes adversidades o grandes inquietudes y dudas. Pero no es sólo una cuestión de tamaño, algunos de ellos son pequeños también en edad: el coatí en “El árbol más alto”, la pulga en “Las pulgas no vuelan”, entre otros. Además, aunque estos animales no fueran de corta edad siempre están la vizcacha y la lechuga que representan una madurez pacata.

El partir desde un lugar, el situarse a escribir desde un espacio permite, también, contar desde un “fuera de lugar”. Esto sucede con aquellas situaciones que están fuera del monte, que no encajan allí sino es bajo el signo de una interrogación y de lo desconocido. Muchas veces sucede en los relatos que lo que no se ha visto nunca llega como un eco lejano e insta una duda casi (ya que a veces hay una grieta por donde ésta se escapa) imposible de resolver. Otras sucede que lo extraño llega en forma de relato por alguno de los habitantes del monte. Es el caso, por ejemplo, de *Sapo en Buenos Aires*. Este libro está compuesto por una serie de historias en las que este animal cuenta a otros cómo es Buenos Aires. Es interesante cómo se introduce la gran ciudad desde la boca y los ojos del sapo. El libro comienza con un regreso, con la “vuelta al pago”, el monte es el lugar al cual se vuelve para contar lo que se ha visto. A propósito de Tizón, Foffani y Mancini dicen: “Como procedimiento narrativo 'regresar' significa haber colmado con la experiencia del viajero el hueco que dejan las cosas a las que

se renuncia al partir, haber completado la imagen de la realidad con la imaginación que se despliega cuando el objeto es recordado y, por consiguiente, poder transformar las imágenes y los hechos en las palabras de sus relatos”⁴⁶

En este libro, además del monte como contexto, tenemos otro espacio que es construido, resignificado y no representado, la ciudad. Es interesante cómo esto se hace desde el monte mismo: Buenos Aires no puede aparecer sino es en aquel otro espacio, mediante un recuerdo, a través de la boca de un animal. Roldán transgrede espacialmente lo local y desde el lenguaje también ya que impone otra forma de hablar de lo urbano: todo es mirado desde otro sitio y resulta extraño y absurdo. Aquí aquello que podría ser considerado como regional es utilizado hábilmente para producir la sensación de extrañamiento en el lector.

Uno de los relatos que resulta más interesante para analizar es el que cierra el libro: “Cruel historia de un pobre lobo hambriento”. Allí los animales le piden al sapo que les cuente alguna historia que los hombres les suelen contar a sus “pichones”. El sapo elige contar la historia de “Caperucita roja” la cual, mediante las intervenciones de sus interlocutores se transforma en un relato muy diferente al que pueden conocer los lectores. Aquí Roldán hace varios movimientos interesantes: en primer lugar, el sapo no parece llevar el relato desde la ciudad con demasiadas modificaciones (con salvedad del final tradicional, que es omitido), sino que cambia en el monte mismo y con las voces que lo pueblan. Por otro lado, aquí se está poniendo en cuestión el tipo de relatos que son destinados a los chicos. Como primera medida el cuento tiene modificado el final, por lo que no concluye felizmente, esto es cuestionado por uno de los animales al preguntar: “¿Y esos cuentos le cuentan a los pichones?”⁴⁷ Evidentemente hay un doble juego, porque Roldán elige compartir esa historia con su público. Por otro lado, y esto sería lo más interesante para el tema que nos ocupa,

se discute sobre la forma de contarles a los chicos. El sapo habla de tú y de vosotros y es mirado con extrañeza por el resto. Ahora bien, no sólo no se habla así en el monte, sino que tampoco en la ciudad. Se está reclamando por una forma propia de contar, la cual no implica esclavizarse a lo regional sino resignificarlo junto con lo que no pertenece a ello, como los cuentos tradicionales, para trascender y transgredir ambas cosas en una escritura original.

En “Prohibido el elefante”, texto que se encuentra en el libro que lleva su mismo nombre, tenemos un camino distinto al recorrido en *Sapo en Buenos Aires*. Aquí no se vuelve sino que se va, pero no de una forma física sino desde lo temático. En el libro anterior era lo regional lo que se inmiscuía y modificaba lo urbano y lo universal, aquí, por el contrario, es lo de afuera lo que viene a resignificar lo regional. La historia da cuenta de la discusión que se genera entre los animales del monte a raíz de la posible apariencia del elefante. Este animal aparece en varios relatos de Roldán como lo desconocido que se intenta definir, aproximarse a lo que verdaderamente es. El marco en el que se da esta discusión es una situación política opresiva en la que sólo tienen poder de decisión el tigre y el jaguar. Sin embargo, no hay una visión que victimice al resto de los animales sino por el contrario, se resalta la comodidad que les genera el no tener que pensar a causa de no tener la libertad de elegir y, también, es puesto de relieve, la manera en la que todos sospechan de todos y repiten frases como “Esas son ideas del sapo, son ideas foráneas, contrarias al sentir nacional”.⁴⁸ Este tipo de frases y de situaciones políticas son bien conocidas en Argentina y en toda Latinoamérica y, puestas en el monte, denotan su total absurdo y falta de lógica. Al mismo tiempo resignifican lo regional porque trascienden las historias populares que tienen como protagonistas a los animales y que pueden tomar como temática el amor, la envidia, la amistad. Aquí lo que se pone en discusión es la política y la forma de organización de un conjunto de seres.

Aquí Roldán utiliza los cuentos con animales para hablar de algo que raramente se encuentra en este tipo de relatos: lo colectivo. Los animales, en su literatura, siempre actúan en conjunto.

Me parece adecuado terminar con un breve análisis de *Las tres dudas del bicho colorado* ya que lo considero paradigmático, en el sentido del análisis planteado, en la obra de Roldán. En este texto tenemos un bicho colorado que tiene varias preguntas a las cuales no le puede hallar respuesta. Si bien no cierra, porque Roldán sigue escribiendo textos situados en el monte, es un corolario de esta parte de su literatura porque le pone nombre propio a ese monte: Fortín Lavalle. Si bien creo que la palabra monte actúa también como un nombre propio ya que muchas veces lo acompaña el adjetivo chaqueño y los animales y algunos términos en guaraní que aparecen muchas veces ayudan a situarlo geográficamente, esta vez la referencia es más que precisa. Por otro lado, y mucho más importante, es que se le da a este lugar la categoría de “centro del mundo”. Sin embargo, llama la atención que no sea sino después de más de veinte años que se le confirme un nombre propio, esto indica, como se ha dicho más arriba, que es un espacio construido mediante la escritura, no dado a priori. Es un centro del mundo instituido por el momento en el que un chico, hace mucho tiempo, jugaba a la pelota. Para nosotros queda la pregunta, ¿Ese chico es el propio autor? Sea así o no, ese “centro del mundo” es una reminiscencia, y como tal va tomando distintas formas y características a medida que, mediante la escritura, se intenta llegar a él. Lo que queda claro, durante todos estos años en los que se ha desarrollado la escritura del autor chaqueño, es que el “centro del mundo” no es un lugar fijo, no es de ninguna manera un anclaje, sino un punto de partida: un sitio desde el cual mirar (con ojos de sapo, de pulga, de tatú), un sitio que propone movilidad porque propone diversidad de voces.

Notas:

42- Barthes, Roland. “Proust y los nombres” en *El grado cero de la escritura y Nuevos ensayos críticos*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores. 2003. Pág 176

43- Foffani, Enrique y Mancini, Adriana. “Más allá del regionalismo: la transformación del paisaje”. En *Historia crítica de la literatura argentina, tomo XI.*. Jitrik, Noé (Ed). Buenos Aires. Emecé. 2000. Pág. 279.

44- Ibídem. Pág. 273.

45- Juan José Saer, “Juan”, en *Juan L. Ortiz, Obra completa*, Santa Fe. Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, 1996. Citado en Foffani y Mancini, op cit. Pág.270.

46- Foffani y Mancini. Op cit, p 280.

47- Roldán Gustavo. “Cruel historia de un pobre lobo hambriento” En *Sapo en Buenos Aires*. Buenos Aires. Coluhue. 2007. P. 64

48- Roldán Gustavo. “Prohibido el elefante”. En *Prohibido el elefante*. Buenos Aires. Primera Sudamericana. 1988. P. 40

Bibliografía:

Barthes, Roland (2003), “Proust y los nombres”, en *El grado cero de la escritura y Nuevos ensayos críticos*, Buenos Aires. Siglo XXI Editores

Foffani y Mancini, (2000), “Más allá del regionalismo: la transformación del paisaje”, en *Historia crítica de la literatura argentina. Tomo XI*. Jitrik, Noé (Ed.), Buenos Aires, Emecé.

Rama, Ángel (2007), *Transculturación en América Latina*, Buenos Aires, ElAndariego.

Roldán, Gustavo (2002) *El viaje más largo del mundo*, Buenos Aires, Ediciones SM.

_____ (2008), *Las tres dudas del bicho colorado*, Buenos Aires, Ediciones SM.

_____ (1988), *Prohibido el elefante*, Buenos Aires, Primera Sudamericana.

_____ (2007), *Sapo en Buenos Aires*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.